

te para ir a la ciudad de Rages, a recobrar los diez talentos que antaño presté a Gabelo».

Empezó el joven a hacer los preparativos para un viaje que le asustaba a él lo mismo que a sus padres. El camino era largo y lleno de peligros, pues Rages estaba situado a más de mil kilómetros de Nínive, en la Persia lejana, cerca de Teherán. Salió un día el mancebo a la plaza, con intención de buscar guía, buen conocedor de los caminos del Oriente. Y todavía no se había alejado de su casa cuando se encontró con un gallardo joven, que llevaba el vestido ceñido, como quien va de viaje. Saludólo respetuosamente y le hizo esta pregunta:

—¿Sabes el camino que lleva a Rages?

—Sí, lo sé —respondió él—; muchas veces he andado por aquellas tierras, y hasta me he hospedado en la casa de un israelita, llamado Gabelo, que allí vive.

Con tan buena noticia, entraron los dos jóvenes en casa, y el desconocido saludó al anciano, diciendo:

—¡Gozo sea contigo por siempre!

—¿Qué gozo —respondió Tobías— puede tener el que está en tinieblas y no ve la luz del cielo?

—Ten buen anciano —replicó el joven—; se acerca el día en que serás curado por Dios.

—Así sea —dijo el anciano—; pero, por de pronto, ¿podrías llevar a mi hijo hasta Rages, ciudad de los medos?

—Lo llevaré y te lo volveré acá.

—Pero, ¿de qué tribu o familia eres tú? —preguntó el anciano.

Quedó extrañado ante esta pregunta el desconocido, y dando el nombre de aquel cuya figura había tomado, contestó:

—¿Buscas tú el linaje del jornalero que ha de ir con tu hijo, o al jornalero mismo? Más para tu tranquilidad te diré que soy Azarías, hijo del gran Ananías.

—Id con bien —dijo Tobías—; que el Señor sea en vuestro camino y su ángel os acompañe.

Y cuando se dieron el último adiós a distancia, la madre empezó a dar gritos, diciendo: «Nos has quitado el báculo de nuestra vejez. Ojalá que no hubiera existido ese dinero que aleja de nosotros a nuestro hijo. ¿Qué mejor tesoro que él?»

(Continuará.)

